

012. El agua viva

Muchas veces hablamos del Espíritu Santo en nuestro Programa. Porque el Espíritu Santo es muy actual en la Iglesia de nuestros días. Jesús lo comparó al *agua viva*, de puro manantial, que sacia la sed, y, al correr después por los campos, va engrosando su caudal y llena de fertilidad la tierra. Esa *agua viva* del Espíritu es lo que en cristiano llamamos la *Gracia de Dios*. ¡Y qué regalo tan grande de Dios es el agua viva del Espíritu! Sin ella, nos abrasaría la sed y moriría nuestra alma por deshidratación...

Poco después de descubierta nuestra América, se encontraron dos barcos en el estuario del Amazonas, tan ancho que no se veían sus orillas. Se cruzan los dos barcos. El uno entraba en el Brasil, el otro salía. Los que iban llegando estaban ya en el desespero. Se imaginaban estar todavía en el mar, y se les había acabado el agua potable. La embarcación no aguantaba más, y gritan a los del barco que iba saliendo:

- ¡Agua! ¡Agua para beber! ¿No tienen agua que nos puedan dar?...

Los otros se dan cuenta de la situación, sonrín, y les responden con buen humor y felices:

- *Echen sus recipientes en este mar en que navegan, que el agua es dulce...*

Aquellos hombres sedientos piensan que se les ríen. No se daban cuenta de que el mar lo habían dejado atrás, y que iban navegando por un río de agua buena e inagotable.

- *¡Beban, beban, que no van a agotar el río!...*

Y, a estas horas, la desembocadura del Amazonas todavía sigue lanzando avenidas inmensas de un agua dulce que nunca se acaba...

Este hecho nos lleva ahora a mirar el agua tal como se miraba en los tiempos de la Biblia, ya que el agua sale a cada paso en las páginas sagradas. Y vemos que las cosas no han cambiado. Muchos hombres quieren beber, beber..., porque se mueren de sed, y no se dan cuenta de que la **Gracia de Dios** los rodea, les inunda, y no beben por desconocer el regalo que Dios les hace. Conocida la Gracia de Dios, beberían a placer, y dejaría de tener sentido la queja de Dios por el profeta Jeremías:

- *Me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y se cavan cisternas agrietadas, que no pueden contener el agua* (Jeremías 2,13)

No es otra cosa el ansia de placer que devora a tantos. Todos buscamos la felicidad, y la felicidad es para muchos algo desconocido, porque la buscan donde no está. Padecen un defecto de óptica, de perspectiva. Quizá ni son mala gente; son, sencillamente, unos equivocados.

Los salmos de la Biblia dan en el clavo cuando nos hacen levantar a Dios la mirada, y nos dicen dónde está la fuente del agua que apaga la sed.

Un salmista cantaba:

- *Como busca la cierva las corrientes de agua, así mi alma te desea a ti, Dios mío. ¡Tengo sed de Dios, del Dios vivo!* (Salmo 41)

Otro salmista decía también:

- *¡Oh Dios, Tú eres mi Dios, por ti madrugo. Mi alma está sedienta de ti, como tierra reseca, aridísima, sin agua.* (Salmo 62)

En definitiva, con la comparación del agua viva, la Biblia nos dice que la Gracia de Dios es la única bebida plenamente saciativa. El agua que ofrece tanto capricho moderno, capricho de placer prohibido, no es agua potable. No nos quita la sed, y encima nos mete en el organismo del espíritu los gérmenes de una corrupción que va mucho más allá del sepulcro...

Una gran artista, después que en el teatro había levantado aplausos estruendosos, se ve acosada por altos personajes de la sociedad que la quieren agasajar. Y, al recibir sus felicitaciones, ella los rechaza con violencia:

- *¡Fuera todos, que me aburren!...*

Deja la pobre su vida de pecado, se vuelve a Dios, la visitan sus compañeras, y solamente saben cruzarse las miradas más tiernas y profundas.

La nueva convertida, contempla con cariño a las amigas, que dejan asomar unas lágrimas a sus ojos, mientras les dice:

- *No vuelvo más. ¡Si supierais lo feliz que soy!...* (Eva Lavallière)

Esta agua es la que nos ofrece Jesucristo, y la que significaba cuando gritaba en el Templo:

- *El que tenga sed que venga a mí, y que beba. De lo más profundo de aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva* (Juan 7,38 y 4,14)

Si San Francisco de Asís alababa a Dios por esa criatura, la hermana agua, y la celebraba en su canto *porque es preciosa, casta, humilde*, ¿qué habremos de decir de la otra agua, la de la Gracia, que no es más que el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones?

San Pablo aplica a Cristo una tradición judía, según la cual, aquella roca golpeada por Moisés seguía después a los israelitas por el desierto proveyéndoles siempre de agua (Números 20,1-3. 1Corintios. 10,4)

El Apóstol ve aquí una figura de CRISTO.

Golpeado Jesús por su Pasión, y una vez resucitado, suelta a torrentes el Espíritu Santo, el cual, recibido, hará que *las entrañas del creyente se conviertan en avenidas torrenciales de agua viva y en surtidor que salta hasta la vida eterna*.

Si vivimos con gozo la Gracia de Dios, y animamos a los demás a vivirla con la misma ilusión, habremos contribuido, ¡y de qué manera!, a apagar la sed de muchos espíritus hoy insatisfechos...